

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

¡TIERRA FECUNDA!

Sentimos honda indignación cada vez que acude á nuestra mente el gran número de repugnantes seres que nos legó esta fecunda tierra, cuna de los malvados é inquisidores, y no podemos por menos que repasar las interminables listas de verdugos que saciaron sus iras sacrificando seres inocentes.

Aquí nació el terrible Torquemada que, con sus instintos de hiena hizo quemar vivos 8.800 españoles y penitenció 90.604.

Aquí nació Deza, que llevó á la hoguera 1.064, y penitenció 32.456.

Aquí nació el célebre Cisneros, el cual sacrificó 2.536 y penitenció 47.263.

Aquí nació Adriano Florencio, que achicó en las hogueras de la Santa Fe 1.344 y mandó encarcelar 11.263.

Aquí nació Alfonso Manrique, que lanzó á las llamas 2.250 y penitenció 25.214.

Aquí nació Tabera, que convirtió en materia combustible á 840 seres y castigó duramente á 4.200.

Aquí nació Valdés, que mandó carbonizar á 2.400 y sometió á terribles tormentos á 12.000 penitenciosos.

Aquí nacieron Arbués, Loaisa y otros muchos contemporáneos suyos de la época feudal que ocasionaron 341.021 víctimas á consecuencia de los castigos, martirios, tormentos y otros procedimientos de fieras.

Todos estos monstruos han sido creados por la fecunda tierra.

Estos datos que ofrecemos á nuestros queridos lectores, no son más que el resultado de las escenas dramáticas que practicaron unos cuantos seres degenerados á quienes el pueblo confió los destinos de la sociedad. Cada vez que repasamos las páginas de la negra historia con el único y exclusivo fin de entresacar algunas notas con que ilustrar á la clase desheredada, de lo pasado, hemos de confesar sinceramente que en cada letra vemos una mancha roja y en cada línea vemos representada una barrica de huesos humanos. No solamente notamos escenas macabras en la lectura que nos proporciona los anales de la historia, sino que también, —y esto es más doloroso— tropezamos de vez en cuando con la descripción horrorosa de los instrumentos inquisitoriales, inventos ruines que sólo servirían para amedrentar al proletariado, para martirizar al oprimido, para atormentar al rebelde, para sofocar todo intento emancipador de los parias, ilotas ó esclavos. Los aparatos de tortura que emplearon en aquellos tristísimos tiempos obligaron á multitud de hombres y mujeres á declararse autores de lo que les venía en gana á los inquisidores. Lo esencial del caso, consistía en arrancar de las víctimas, —fuesen ó no inocentes— las declaraciones que ellos deseaban, de este modo justificaban ante la sociedad que presentaban no al inocente sino al ereje para que sobre su cabeza descargase el verdugo el castigo merecido. Para lograr esto, sometían al individuo al tormento de la cuerda, si éste no daba resultado, lo trasladaban á la garra, si esto no probaba, le aplicaban la zurra de rueda, el martirio de la escalera, los garrotes, el fuego, la cabeza de hierro, la gotera, y, por último, le esperaba la cruz, la hoguera, el patíbulo ó el sepulcro entre paredes. Tales fueron los medios que utilizaron en aquellos funestos tiempos del obscurantismo la *gente de orden*, contra todo ser que intentaba discernir el bien del mal, lo racional de lo irracional, lo justo de lo injusto. Todo el que se atrevía á manifestar

su opinión libremente acerca de las cosas era considerado como un ereje y por ende sufría las consecuencias antes mencionadas. Nadie era dueño de sí mismo, nadie podía establecer la diferencia que media entre la verdad y la mentira, entre la ciencia y los dogmas, entre el progreso y el retroceso, entre la libertad y la esclavitud. Tal era la condición de la vida en aquel entonces, debido á que la fecundidad de la tierra produjo seres anormales. Pero creéis que ya murió la inquisición? Creéis que al desaparecer aquellos seres malignos concluyeron las torturas? Creéis que ya se acabaron las injusticias? Creéis que la tierra fecunda no da más fruto de aquella indole? Si tal creéis estáis equivocados.

Por todas partes se ven las uñas, los dedos, las manos, los puños, la imagen de la tiranía. El fatal instrumento inventado por la locura del hombre hace sentir sus efectos por todas partes. Recordad los sangrientos sucesos de Jerez, no olvidéis los tormentos y fusilamientos de Montjuich, tened presentes los atropellos de que fueron objeto los de Alcalá del Valle, etc., etc.; y en ellos hallaréis la representación de los antecesores. Tened en cuenta que tras de Torquemada y Arbués, Santo Domingo, Loyola y Cisneros, aparecieron otros que no titubaron en practicar toda clase de arbitrariedades. Entre el semillero de los magnates, hemos conocido los nombres de algunos debido á la popularidad que lograron conquistar; tales fueron los Cánovas del Castillo, Silvela, Portas, Marzo, Cirilo Ruiz, Maura, Cierva, los cuales consiguieron la aureola de herederos de Roma. Ya van desapareciendo las sombras mencionadas, pero más tarde quizás, puede que nos sorprenda algún san Benito cargado de hábitos dispuesto á colocárselos al primero que se presente.

No está tan lejano el hecho denunciado por los procesados de Cullera ante el Consejo de Guerra, el cual hizo poner el pelo de punta hasta en los más tímidos. Conservad en la memoria este hecho reciente, fijad vuestra mirada en las palabras de aquel procesado que dijo: «Ven ustedes esta camiseta? —y extiende una prenda que aparece con grandes manchas de sangre — Pues esa sangre es mía y me la sacaron con los martirios». Con esto os bastará para comprender que en la actualidad todavía nacen y mueren hombres que llevan consigo los resabios de la inquisición. Las revelaciones que hicieron los procesados de Cullera respecto á los martirios infringidos —según sus propias declaraciones— fueron sensacionales, pero no obstante, el tribunal ha dictado *seis penas de muerte, dos cadenas perpetuas, diez penas de veinte años, una de quince y dos de doce años*, absolviendo únicamente á uno. Si esto se lleva á efecto, tendremos lo triste de ver como funciona el patíbulo y la cadena en pleno siglo XX. Las mismas causas producen siempre los mismos efectos. Antes, en nombre de una religión absoluta se regaba la tierra con sangre humana, hoy, invocando la justicia, veremos lo que pasa. La lucha fratricida apareció entre los aborígenes, se prolongó con mucha más intensidad en la edad media á consecuencia de la presión que ejercían los civilizados salvajes contra los salvajes civilizados y terminará cuando esta tierra fecunda deje de ser semillero de tiranos, madre de los fariseos, cuna de los parásitos, fomentadora del jesuitismo y opresora de la libertad.

Concepto individual

Todas las personas tienden á proporcionarse el medio de vivir lo más cómodamente y con la menor fatiga posible. Esta verdad irrefutable, que todo el mundo admite como cosa muy lógica, si se la examina bien, si se la estudia bien, resulta ser una de las causas principales del malestar presente, que tiene por objeto la debilidad de espíritu ó debilidad de energía, si lo prefieren, creando así el falso concepto que se tiene formado del valor de las cosas.

La libertad debe, sin duda alguna, encerrar gran parte de la dicha que todos anhelamos, porque difícilmente se tropieza con algo que sea más apreciado, más amado, que la libertad. El chico y el grande, el viejo, el joven, el feo, el hermoso, el ignorante, el sabio, todos se encuentran grandemente aptos para ser libres. En ninguna de sus aptitudes el individuo desea ser oprimido. Si se le consulta, contestará que desea hacer lo que le plazca.

Pues bien: Si todos desean ser libres, si todos aman la libertad, ¿quién es el opresor, quién es el tirano? Nadie, y todos. Estas son

preguntas á las cuales pocos contestarán con sinceridad, porque nadie quiere ser lo que realmente es. Sin embargo, los unos por fatuidad, los otros por pretensión, los de aquí por amor propio, los de allí por interés particular, los restantes por figurar, todos nos convertimos en tiranos y despotas. Los unos tiranizan á sus amigos, los otros á sus compañeros de ideas, procurando que las iniciativas propias prevalezcan, y, ahogando por todos los medios las iniciativas de los demás, que él califica á menudo de disparates. Los otros, no teniendo esa facilidad, oprimen á su compañera, y ésta á su vez oprime á los pequeños, inculcándoles de ese modo la idea de la opresión, que mañana han de ejercer contra sus camaradas.

Por todas partes tiranía, opresión, despotismo. Es un sarcasmo proclamarnos hombres libres, sin dejar á un lado ese hábito de tiranizarlo todo, de oprimirlo todo, hasta las más naturales manifestaciones de la vida.

El más despotista de los burgueses se considerará insultado si tal cosa se le dijera. La forma de gobierno considerada más liberal, es opresora, tiraniza al pueblo; pero es una tiranía que se ejerce en nombre de libertad, y de

aquí que ninguno de los representantes de esa forma de gobierno se considere opresor, porque es una opresión representada con la estatua del hombre libre.

El Zar de Rusia ó el Emperador de Turquía, cuya tiranía es bien manifiesta, afirman, no obstante, que su forma de gobierno es la mejor que puede existir, y quien no está conforme con esa definición es perseguido, encarcelado ó muerto. ¿Puede haber mayor ridiculez que la falsedad y el engaño que uno ejerce sobre sí mismo? Es, en efecto, bien ridículo; pero, por ridículo que parezca, es verdad. La humanidad vive de la opresión de unos hombres contra otros: del engaño mutuo que se hacen los unos á los otros.

El bienestar de la burguesía nace de la explotación y de la opresión del obrero. Su egoísmo, su imbecil orgullo de creerse superior á los productores, no le deja ver otra clase de bienestar que la opresión. Es natural, pues, que defienda por todos los medios el estado actual, que le facilita la manera de gozar de su orgullo impunemente.

El interés principal de la burguesía es tener al pueblo debajo, para que si éste acertara un día á ver la causa de sus males, careciera de fuerza para emanciparse.

Admitimos, pues, que haciendo mal la burguesía, hace su bien. El que hace mal, sin hacer bien alguno, es el pueblo, que soporta con una candidez que indigna el lazo que le ahoga. Y todo esto ocurre siendo todos amantes de la libertad y caminando todos inspirados en su propio bien. Pero, qué clase de libertad, qué clase de bienestar es el que se anhela? Se desea ser libre por intención, porque se nota la marca de la tiranía; se ama la libertad, pero no se la concibe, porque hay clases é individuos que tienen interés en servirse de ella para oprimir y explotar á sus semejantes; se desea vivir bien simplemente, porque se vive mal, pero no por haberse tomado el trabajo de estudiar como se debe vivir para vivir bien.

Desde los tiempos más remotos, quizás desde que el hombre se ha podido dar cuenta de lo que es, el pueblo véase oprimido y esclavizado por sus señores. ¿Es que no se han dado aún cuenta de ello? No; se da cuenta del mal que padece, pero la curación de su mal la ha encomendado á manos ajenas, y estas manos ajenas han tenido interés, por conveniencia propia, en que el mal perdurara. En más de una ocasión, el pueblo ha luchado con coraje contra sus opresores pero nunca por iniciativa propia. El no ha hecho más que servir de instrumento para que otros consiguieran fines exclusivamente particulares, con apariencia de querer conquistar el bien del pueblo; éste se ha quedado siempre en las mismas condiciones. ¿Qué importa el nombre? Ser oprimido en el de una cosa ó serlo en nombre de otra importa poco. Al pueblo se le ha oprimido y se le oprime en nombre de Dios, de la patria, de la virtud, de la moral, de la libertad, y el mayor sarcasmo de todos es que se le oprime en su propio nombre.

En efecto; no tan sólo en nombre del pueblo, sino en nombre del bienestar del pueblo, hoy la burguesía sostiene el estado actual de explotación y tiranía, que hace defender con parte del pueblo contra el pueblo mismo. En nombre del bienestar del pueblo se mantiene permanentemente armado un numeroso ejército de mar y tierra, compuesto de productos res imposibilitados de poder producir y convertidos á la fuerza en instrumentos de muerte, en máquina destructora, para un día, bajo no importa qué motivo, llevar á cabo esas guerras fratricidas que tantas víctimas cuestan al pueblo trabajador, sin otro objeto que el de evitar que los intereses pasen de manos de unos á las de otros capitalistas, que es la única patria, el único honor que se ventila en las luchas modernas. Y esta guerra de interés sirve para llevar al productor más fácilmente al matadero, sin dejarle ver que la causa que defienden en esos momentos es la causa de sus enemigos, de sus verdugos, que después de haberlos defendido, en recompensa, para reponer la hacienda pública, para hacer frente á los numerosos gastos que ocasionan esos actos de barbarie capitalista, imponen aún al pueblo contribuciones de dinero, antes y después de habérselas impuesto de sangre.

En recompensa se le condena á la miseria, recargando los impuestos, paralizando las industrias y careciendo de trabajo, y si el pueblo no se conforma, entonces, los mismos instrumentos que sirvieron para luchar contra sus hermanos del otro lado de la frontera, servirán para matar á sus propios padres y parientes, no en nombre de la patria, como entonces, sino en nombre del orden, de la libertad ó de los intereses del pueblo, que, por lo visto, para que éste se encuentre bien, es menester que se muera de hambre, ó que perezca por la metralla. Pero esto no es todo; el pueblo pasa por otras muchas calamidades, sin apercibirse de ello, porque la burguesía, á cada sacrificio que le impone, le dice: «Sóportalo con resignación, tu bienestar lo requiere».

Y claro está, el pueblo, que nunca se ha tomado el trabajo de estudiar la causa de su malestar, deja hacer, pensando en que tal vez de esa manera podrá cambiar de fortuna. Sin embargo, la cuestión es bien sencilla y no precisa devanarse los sesos para comprender que no es admitiendo nuevos sacrificios como su situación podrá mejorar, sino rehusándolos todos, vengando de quien vinieren.

Los obreros, que son los que componen el

pueblo, deben partir de este principio: ¿El malestar existe? Pues todo cuanto se haga en nombre del bienestar es falso. Si éste es ficticio, si no existe, es evidente que cuanto se hace en nombre del bienestar es mentira, y todo cuanto se haga por mantener al pueblo en aquel estado es igualmente mentira. Y si no es así, ¿por qué sacrificando siempre al pueblo en interés de su bienestar vive en malas condiciones, y la burguesía, que no es nunca sacrificada, vive gozando de todo y de todas las comodidades? ¿Se desea una prueba más evidente de la falsedad con que se invoca el bienestar del pueblo? Pensemos que cuanto la burguesía haga es para asegurar sus intereses y comodidades ó para proporcionarse otras mejoras. He aquí la realidad ocultada bajo el manto de la hipocresía; pero por mucho que se oculten los enemigos del pueblo, no podrán ocultarse jamás del todo á nuestra vista y sabremos descubrirlos en todo tiempo y bajo cualquier forma que se presenten, para señalarlos al esclavo de mil formas, como lo son: enemigos irreconciliables. Sabemos lo que arriesgamos con ello; estamos convencidos del peligro que arrostra todo aquel que se declara enemigo de la burguesía y de su sociedad. Es mejor entretenerle con farsas, tales como el orden, la honra, el honor, la moral, la virtud, la religión, el derecho, etc. ¿Qué sería de la burguesía el día en que el pueblo dejara de pensar en esas ridiculeces?

Decididamente, es un gran criminal aquel que demuestra al pueblo su malestar.

El anarquismo y el atentado personal

Nadie tiene derecho á erigirse en juez y á ejecutar sentencias de muerte. —CLAUDE-LOUIS JACQUINET.

Todo anarquista pensador rechaza en absoluto los atentados por medio de la dinamita. —DOUTOR LUIS MARCO.

Cuando un anarquista realiza un atentado contra las personas, bien sea por medio de la dinamita, ya sea por el puñal ó el revólver, no lo efectúa, seguramente, por ser anarquista, sino á pesar de serlo. Las ideas anarquistas no pueden inspirar á nadie pensamientos de venganza. Sin embargo, nuestros adversarios, con manifiesta mala fe ó culpable ignorancia, proclaman á los cuatro vientos, cada vez que á un titulado anarquista se le ocurre en mal hora ejecutar un atentado, que los ideales anarquistas son los que engendran tales lamentables hechos. Pero la prueba de que eso no es cierto, está, en primer término, en que, como nadie ignora, no son solamente anarquistas los regicidas ó magnicidas, pues entre ellos figuran de todas las ideas políticas, religiosas y sociales.

Y puesto que, como la historia demuestra, no es el atentado personal caso privativo de un determinado partido social, político ó religioso, sino que en todos ellos se ha dado el prototipo del *atentador*, resulta por demás evidente que éste es producto del medio social y no hijo del ideal que sustenta; y, por tanto, hay una causa común, única, que engendra todos los atentados personales. ¿Cuál es esta causa? No es otra que la iniquidad social. La iniquidad social es la que en todos los tiempos armó el brazo de cuantos atentadores han existido, porque por las condiciones en que está la sociedad constituida, manteniendo á la mayoría de los hombres en la esclavitud y la ignorancia, en el fanatismo y la miseria, y á unos pocos en la opulencia, el mando, la holganza y el vicio, se produce, como no puede menos de suceder ante con traste tan horrible, el odio y la venganza. Consiguientemente, la responsabilidad de tales hechos corresponde íntegra á todos los que contribuyen á conservar la organización actual de la sociedad.

Hemos pronunciado la palabra venganza. Pues bien, aunque otra cosa se pretenda, el atentado personal no es nada más que un simple acto vengativo. Pero nosotros no queremos vengarnos. «Uno de nuestros más caros principios —dice el compañero Jacquinet— es el abandono de cualquier idea de venganza.» «Concedemos —añade— el crimen, la mentira; arranquemos todas sus raíces en nosotros mismos y en la sociedad, pero detengámonos ante el vicioso, el criminal, el embustero, contra los cuales tenemos, es verdad, el derecho y el deber de defendernos, más no de vengarnos.» «Es necesario —dice asimismo la citada compañera— convencer, ilustrar y amar; con ayuda de estos medios es como se operan cambios duraderos en la sociedad, nada duradero se habrá hecho mientras no se haya conseguido evidenciar y hacer aceptar una verdad, un principio, mientras no se hayan extirpado del corazón humano los gérmenes de mentira y egoísmo.»

Cierto, muy cierto es todo eso, y así lo reconocen la mayoría de los anarquistas. El compañero Anselmo Lorenzo dice también en uno de sus hermosos artículos lo siguiente respecto á tal asunto: «Aquel que, á la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprobaban, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado

ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia ó repugnancia. Eso sin contar que una venganza, que tal es generalmente el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para comprender ni menos implantar un ideal de amor y de bondad. — El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, desprendiéndose pura de los labios ó de la pluma que la pronuncia ó que la escribe, se elevará majestuosamente, iluminando inteligencias, alumbrando los más recónditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del mediodía; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta queda en ridículo, y si las ejecuta, aumenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa ó negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto, porque pueden darle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.»

Así es, en efecto; pues ni el atentado individual es acto propagativo ni hecho revolucionario. «Los atentados no son favorables para preparar la evolución y son inútiles para producir la revolución» —dice el camarada Luis Marco. —Y Juan Grave se expresa de este modo: «Debemos confesar que ciertos actos torpes y ciertas violencias descabelladas contribuyen á que arraigue en cierta parte de la opinión la calumniosa especie de que los anarquistas somos un hato de locos furiosos que no sabemos lo que deseamos.»

En suma, que el anarquismo nada tiene que ver con los atentados personales que realicen individuos que se intitulen anarquistas. Y si hay entre nosotros algunos «jaleadores» de los atentados, poco importa, pues los tales no son, en realidad, *anarquistas de acción*; sino únicamente *teóricos de la acción*, de los que no merece la pena ocuparse.

Terminaré, para no extender mucho más este artículo, con las siguientes conclusiones:

1.—Las ideas anarquistas no son causa de los atentados personales; el ideal libertario dulcifica las pasiones de los hombres; el anarquista que ejecuta un atentado es un ser anormal —son anormales todos los que realicen actos de tal naturaleza, sustenten cualesquiera ideas.

2.—La causa de que se efectúen atentados personales radica en las injusticias originadas por la actual organización de la sociedad, pues esas injusticias exasperan á ciertos caracteres apasionados, individuos amargados por la condición social, dotados, por otra parte, de una sensibilidad exquisita, y á los que un hecho sobresaliente sobre la común injusticia —Alcalá del Valle, Montjuich, etc.— determina á la acción que ellos consideran suprema justicia.

3.—Los atentados no pueden ser considerados hechos revolucionarios; por ser actos individuales aislados; por producirse con bien escasa frecuencia; por realizarse en un ambiente hostil, irrevolucionario, y porque son, como dice el compañero Luis Marco, inútiles para producir la revolución. Sólo en pleno período revolucionario es lógico admitir como medio justificado el atentado individual, porque en esas circunstancias puede ser bueno, útil, legítimo y hasta decisivo para la causa de la revolución.

4.—Respecto á la propaganda, los atentados son perjudiciales ó nulos por lo menos, pues no se infiltra en el cerebro la idea ni se conquistan nuevos prosélitos por medio del atentado personal, porque aun concediendo que tales hechos dieran algún resultado propagativo, éste sería muy insignificante para ser tenido en cuenta, y siempre hará un buen opúsculo más propaganda que una docena de atentados, ya que no basta tener razón, ni ésta se impone por medio de la violencia, sino que es necesario demostrar que se está en posesión de ella.

JOSÉ CHUECA

Un policía más

Miguel Sánchez, el hermano de Miguel V. Moreno, que estaba empleado en Solidaridad Obrera para el cobro de recibos y reparto del periódico, ha caído de bruces en la policía.

El hecho no tiene importancia, por la insignificante personalidad del individuo; pero como para hacer mal todos son buenos, lo hacemos público para que tan aprovechado joven no pueda ejercer de agente provocador. No hacemos su retrato físico, porque no es necesario. A las cuatro palabras de hablar con él se descubre al idiota, y su aspecto afeminado y anémico le hace incapaz de nada viril. Si será este individuo el confeccionador del terrible Comité que elevó al gobernador de Barcelona á ministrable, y que acabará en ponerle en ridículo por haber creído tal imbecilidad?

Porque de la manera que se fraguó aquel complot sólo es capaz un imbecil. Ni siquiera tuvo talento para que el Comité tuviera apariencia de verdad. Bien es verdad que si fué él el autor, y lo hizo tan barato, no había derecho á exigirle una obra de arte.